

todo cuanto la une á la inmolación de Jesús, todo cuanto sirve de continuación al amor crucificado de Jesús.

No debe, pues, juzgar de su amor sino según la altura y latitud de su cruz.

Ni encontrarse dichosa sino cuando tiene algo que sacrificar al amor del Amado.

Ni amar la virtud sino por ser ésta un homenaje que se hace á Dios, un don que se hace al amor de Jesús, una gracia para la salvación de los pecadores.

María, hostia de inmolación con Jesús en el Calvario, es también hostia de amor en el Cenáculo.

¡Qué divino fuego devora y consume su alma!
¡Qué llama sube y crece ensanchándose desde su corazón!

Así deben vivir y morir sus hijas.

DÍA SEXTO

PRIMERA MEDITACIÓN

Fe eucarística.

La virtud que ha de resplandecer en la vida de una sierva del Santísimo Sacramento es la fe eucarística.

Esta fe viva es una grande gracia, la cual debe, por lo tanto, pedirse con instancia. — Es una virtud, y virtud fundamental: y así la sierva ha de ejercitarse constantemente en la fe, en la virtud de fe, en el espíritu de fe eucarística.

I. Fe eucarística. — Consiste en creer, como tiene y cree la Santa Iglesia católica: que Jesucristo está verdadera, real y substancialmente presente bajo las especies sacramentales.

Esta fe es y obra en nosotros la vida de Jesucristo, encubierto, velado, oculto bajo las especies sacramentales, semejante al sol contemplado á través de una nube, á un amigo disfrazado para hacer prueba de nuestros sentimientos.

II. El alma de fe ve verdaderamente á Jesucristo por una mirada interior de la gracia, y esta gracia y esta vista espiritual no se limita á un objeto exterior, á formas determinadas: abraza á Jesucristo todo, su divinidad y su santa humanidad, todas sus adorables perfecciones, toda su belleza, toda su bondad, todo su amor; — tanto al menos como lo permite la limitación y flaqueza de quien es aún peregrino sobre la tierra.

Semeja esta vista eucarística á la que se tiene de Dios en el cielo, la cual lo muestra siempre más amable, más grande y más bello á la mirada feliz de los Santos. — Así Jesucristo en el Santísimo Sacramento es siempre nuevo, más amado, más tierno y más amable para el alma adoradora; y por eso es siempre inagotable y siempre nueva su contemplación eucarística, que va siempre por Jesucristo de claridad en claridad, de virtud en virtud y de perfección en perfección.

Así que el pensamiento de la Eucaristía ocupa el alma y la vida toda. — Por este pensamiento capital va el alma á los demás sin salir de su centro; y estos pensamientos son como rayos que no se separan de la luz en que nacen, del sol que los produce.

De ahí proviene que el alma eucarística está siem-

pre en la paz; porque está en la unidad de pensamientos y por consiguiente de amor y de vida.

III. Esta vista que se tiene de la Eucaristía va acompañada de un respetuoso y tierno amor.—Por el amor llegaron los discípulos de Emaus á conocer al fin á Jesús. — Y el amor es la luz de la Eucaristía; amor que atraviesa las nubes, y lleva á los pies de Jesús el alma; que toca los pliegues de su vestido, y le reconoce sobre las olas, como San Juan.

Pero el amor que ha reconocido á Jesús se postra respetuosamente á sus pies, como la Magdalena y como San Pedro.

El alma eucarística corre al punto alborozada hacia el Amado; pero luego en seguida contempla en Él á su Rey y admira en Él la majestad de su Dios, y poseída de un santo respeto no osa casi adelantarse, y es preciso entonces que Jesús le diga con hermosas y consoladoras palabras: venid á mí y yo os aliviaré; ven, esposa amada, entra en los cilleros de la divina caridad.

Entonces el alma olvida que se halla en medio del estrépito del mundo; olvida, por decirlo así, que tiene un cuerpo que la encadena á la tierra; se ocupa enteramente en el afecto á su Amado.—Este es el fruto de la vista eucarística de Jesús: el alma le ha encontrado.

SEGUNDA MEDITACIÓN

Fe eucarística (continuación).

La fe eucarística es también la noticia y la vista espiritual de Jesucristo en el Santísimo Sacramento: es como una participación de la visión de los Santos en la gloria.

¡Oh cuán deliciosa y feliz es esa vista que por la fe se tiene de Jesús en la Hostia! ¡Cuán dulce contemplación la de Jesús, que por amor á nosotros permanece oculto bajo misterioso velo!

Mas no debe el alma eucarística parar ahí, sino que ha de procurar vivir de la virtud de fe eucarística.— Virtud de fe que consiste en el respeto, piedad y devoción á Jesús en la Eucaristía.

I. Respeto á la Eucaristía.—La fe me señala á Jesús como se lo designaba San Juan Bautista á los judíos; —pero á Jesús resucitado, glorificado, sentado sobre su trono como Dios que es de infinita majestad.

¡Oh! Si me fuera dado ver la gloria de Jesús en el Santísimo Sacramento, gloria muy real y muy verdadera, aunque velada para nuestros débiles ojos, ¡qué majestad, qué poderío, qué grandeza! Entonces todo mi ser quedaría anonadado y consumido á los rayos de aquel nitidísimo sol.

¡Qué magnífica invisible corte rodea su trono.— Millones de Angeles y de Santos forman su corte eucarística, adoran prosternados al Cordero eucarístico, celebran transportados sus alabanzas, exaltan su bondad y su misericordia, y celebran sus triunfos.

Con este pensamiento, y á la vista de estas celestiales maravillas, queda el alma fiel penetrada de religioso temblor, de silencioso respeto: y el primer acto de su fe es prosternarse á los pies del Rey celestial, humillarse y anonadarse en cierta manera, como San Juan en el Apocalipsis, á la vista del Hijo de Dios.

Todo en su ser debe llevar el sello de este respeto: la modestia de los ojos, el decoro del porte,

la compostura del rostro; porque ante este divino Sol todo debe quedar eclipsado, los amigos, los grandes del mundo, los ángeles mismos.

II. Piedad eucarística. — La fe nos muestra á Jesucristo, no tan sólo como Dios de majestad, sino también como Dios de bondad, manantial de todas las gracias, de todos los dones, de todos los bienes.

La piedad de un alma eucarística ha de ser inspirada y alimentada por la Eucaristía y encerrada, como quien dice, en este elemento divino. — Todas sus preces deben tener, permítasenos la frase, su punto de partida en la Eucaristía, ó llegar á ella como á su término; — y este carácter han de tener sus oraciones; ese espíritu han de tomar sus virtudes, haciéndose cada una en su esfera como una forma variada de la vestidura eucarística de Jesús, ó como un ejercicio de amor á Él.

Jesús en la Eucaristía debe ser el principio y la norma de sus virtudes, y el fin último de las mismas: nada más obvio. — Si todas las virtudes de un hijo llevan el carácter de la piedad filial; si todas las acciones de un Rey son reales, todas las virtudes y todas las acciones de una hermana del Santísimo Sacramento deben ser esencialmente eucarísticas.

III. Devoción eucarística. — La devoción es la dedicación de sí propio, gozosa y constante en virtud del amor; no hay mayor adhesión que la de un hijo ni mayor generosidad que la de una esposa.

Para ser digna de su vocación, ha de ser la devoción de la hermana del Santísimo Sacramento, *eucarística*; es á saber, tal, que convierta toda la generosidad de su alma hacia Jesús Sacramentado.

Ha de ser enteramente eucarística, comprender

todo cuanto pertenece al servicio y la gloria de Jesús Sacramentado.

Ha de ser exclusivamente eucarística, pues la esposa se consagra exclusivamente á su esposo.

Jesús Sacramentado lo es todo para mí; fuera de Él todo lo considero como nada.

TERCERA MEDITACIÓN

Jesús en la Eucaristía es mi fuerza.

Quiero seguir á Jesús Sacramentado, darle completa y exclusivamente mi corazón y mi vida; pero no puedo por mí mismo con mi virtud y el poder ó, mejor dicho, la flaqueza de mi amor actual, aspirar á tan sublime vocación. — Necesito que Jesús Sacramentado sea la luz de mi espíritu, — la vida de mi corazón, — la fuerza de mi voluntad, pues todo esto lo es Jesús para aquellos que con amor le buscan.

I. Jesús Sacramentado es mi luz.

Si, en efecto: Él es la gran luz que alumbrá á todo hombre que viene á este mundo, — que ilumina las almas que quieren seguirle y es el Sol interior de las mismas. — ¡Oh! Sólo al pie del Sagrario es donde encontraban los Santos esas grandes verdades, esos rayos de claridad, esa ciencia de Dios tan preciosa y tan peregrina.

Jesús Sacramentado es siempre el buen Maestro que instruye al alma fiel, le revela suavemente su propia miseria y su nada, — le muestra la verdad sin discusión, sin nubes, sin esfuerzo; — le manifiesta amorosamente su santa voluntad, su beneplácito acerca de ella. — ¡Oh y cómo penetra esta palabra interior en lo más íntimo del alma! ¡Cuán deliciosa-

mente imprime en el alma la admiración de la hermosura, de la verdad, de la presencia de Jesús, de su divinidad y de su bondad!

Diríase que está allí el alma, como otra Magdalena, á los pies de Jesús, ilustrada con su gracia.— Como otro San Juan, reclinado sobre el Corazón de Jesús y tomando de allí la ciencia y la mansedumbre de la santa dilección.

Sed ¡oh Jesús! mi luz, mi luminosa nube en este desierto, mi único Maestro, que no quiero otro.

Sed mi única ciencia: fuera de Vos todo es nada para mí. Habladme como á los discípulos de Emaus; ¡que arda mi corazón al escucharos!

II. Jesús Sacramentado es mi fuerza.

¡Cuántos sacrificios tendré que hacer para llegar hasta el Tabernáculo! ¡Cuántos lazos que romper! ¡Cuántas cosas que dejar y sacrificar! ¡Cuán larga y dura inmolación de mí mismo tengo que comenzar y continuarla hasta el último suspiro!

¡Oh Dios mío! Espántase mi alma, sucumbe mi virtud, siento que me faltan alas para volar hasta la cumbre del monte divino.— Todo me da miedo; tengo miedo de mí misma.

Pero Jesús Sacramentado será mi fuerza: que la Eucaristía es quien formó los primeros cristianos, sostuvo á los mártires, inspiró y perfeccionó á los que vivieron en virginidad.

Todo lo podré con Jesús; con su gracia inmolaré la naturaleza con la misma facilidad y gozo con que se encadena un leoncito de un día.

Con su auxilio caminaré sobre las olas del irri-tado mar y pasaré segura por entre leones y dragones.

Y aún mejor: cuanto más débil soy yo, tanto

más brillará en mí el triunfo de la fuerza de Dios, y suya será ahí toda la gloria.

III. Jesús Sacramentado es mi vida.

Para que Jesús sea mi luz y mi fuerza, es preciso que yo sea de Él y sólo de Él, es á saber: se precisa que yo le dé mi corazón, y con mi corazón el desvío de todos los bienes, goces y placeres de este mundo.— Se precisa que mi corazón sea un desierto, una casa vacía.

Al pensamiento de tal vacío, tal desierto y tal renunciamiento, entristécese mi corazón. Esas palabras: ¡nada ya! envuelven como quien dice una agonía.

Pero Jesús Sacramentado lo reemplaza todo: sumo bien, puro gozo, inefable felicidad, devuelve ciento por uno, devuelve infinitamente más...

Sólo el alma amante comprende la dicha de esa vida eucarística.

Un alma así lo encuentra todo en Jesús Sacramentado, y para ella Jesús lo es todo.

FIN DE LOS RETIROS



VIA CRUCIS EUCARÍSTICO

HEMOS dicho que el P. Eymard miraba el Vía Crucis como uno de los más importantes ejercicios del retiro. Había aprendido por una larga experiencia á encontrar en las llagas de Jesús el perdón, la paz y todas aquellas gracias que anhela el alma del ejercitante. Hasta su muerte, andaba todos los días el Vía Crucis por la noche, aun en los que habian sido de mayor ocupación y fatiga; por eso lo encomendaba como cosa cuyo gran mérito conocía bien. Y es que, según lo dice hermosamente la *Imitación*: «En la cruz salud, en la cruz vida, en la cruz protección contra los enemigos, en la cruz rocío de celestial suavidad, en la cruz gozo del espíritu (1).»

Mas el Calvario lo ve el alma eucarística en el altar y al divino Crucificado le contempla en el Sacramento, hostia ofrecida por la salud del mundo. Esa alma oye en rededor suyo las voces de las tur-

(1) Lib. II, cap. XII.

bas contra Aquel que no responde sino con silencio de manso cordero; columbra las tramas de los escribas y los fariseos; sabe los mercados de estos nuevos Judas que á sus vicios, á su interés, al demonio en su alma les venden el buen Maestro Jesucristo que acaban de recibir en beso de la Comunión; ve todos los días á Jesús en su Eucaristía entregado, negado por cobardía, por respeto humano: — en la Eucaristía se renueva la Pasión.

Hay la diferencia de que la vía dolorosa eucarística abraza el mundo entero, lo cruza en todos sentidos, y de que se continúa durante diecinueve siglos.

Pero Jesús en el Santísimo Sacramento, nos dirán, está glorioso, inmortal, impasible. — ¿Á qué mostrarnos padeciendo á Aquel en quien ya no puede tener lugar el padecimiento, y humillado á quien reina como Soberano triunfador?

Verdad es, y bien está, que Jesús sea ya inmortal y que el odio de los hombres sólo una vez en Jerusalén haya podido ensañarse contra su sagrada Persona. — ¿Qué sacerdote querría hacer bajar á Jesús á un altar que le fuese sangriento Calvario?

Pero los pecados, los insultos y los sacrilegios, ¿afectarán menos dolorosamente el Corazón de Jesús vivo en la Hostia, porque no puedan alcanzarle físicamente las torturas que quisiesen inferirle nuestros brazos materiales?

¿No hacen los hombres para atormentarle todos los esfuerzos que únicamente una rabia infernal es capaz de inspirar?

La Pasión, pues, continúa de nuestra parte; — continúa de parte de los verdugos, que se ensañan contra la Víctima que, continuamente inmolada por los

deseos y los esfuerzos de ellos, continuamente se exime de sus golpes y encuentra en sí misma, como en inagotable manantial, una vida inmortal y gloriosa. ¡Misterios de los sufrimientos eucarísticos de Jesús! Sufre como Dios sufre; está irritado y conmovido como Dios lo está, sin que estos sentimientos alteren su felicidad ni disminuyan su gozo.

No padece ya actualmente; pero al tiempo que instituía el Sacramento desplegóse ante su alma el cuadro de los ultrajes, insultos y profanaciones que se cometerían contra él en la continuación de los siglos; por su ciencia de las cosas futuras vió el martirio perpetuo que se presentaba ante él, hasta en sus menores circunstancias; las torturas que nuestra malicia le reservaba, las vió hasta en los más secretos y atroces refinamientos de las mismas: vió y sintió, apuró ese cáliz su corazón; tenía el poder de hacer experimentar á su corazón en un solo instante angustias iguales á las que hubiera debido padecer si permaneciese pasible, expuesto á nuestros golpes; y aquel mismo poder que el último día hará expiar en un instante á las almas aún no purificadas de algunas manchas veniales lo que hubiera requerido siglos de fuego devorador, pudo desde luego dilatar las facultades del alma de Jesús para que soportasen en un tiempo en que estaba todavía sujeto al dolor, todo lo que habría debido padecer — si hubiera permanecido pasible — en este largo martirio á que se empeñan, pero vanamente, en someterle la ingratitud de los hombres y el furor de los demonios.

Tan estrecho es el lazo entre el Calvario y la Eucaristía, que no hay alma alguna que si con una devoción verdadera é íntima procura unirse á la

vida de Jesús en la Hostia, deje de sentir la necesidad de compadecer unos dolores cuya razón y modo no comprende tal vez esa misma alma, pero que son efectivos en demasía para sus sentimientos de amor.

No le basta meditar ante el Santísimo Sacramento la Pasión tal como pasó en Jerusalén. Dícele el corazón que la Pasión dura todavía; y quiere esa alma compadecer la Pasión eucarística de Jesús.

¡Dulce inspiración, que debe ser muy grata al Corazón de Jesús! Hasta tal punto se quejó con términos de tan sentido dolor á la Beata Margarita María por recibir raras veces de sus olvidadizos hijos el testimonio de semejante compasión!

A nosotros, que queremos conocer y honrar el misterio de la Eucaristía; á nosotros nos toca el noble oficio de meditar á menudo la Pasión eucarística; á nosotros nos corresponde compadecer y llorar tantos ultrajes y profanaciones. Jesús no padece ya actualmente: quiere padecer en nosotros y continuar en los miembros de su cuerpo místico, á gloria de Dios y por la salvación de las almas, el martirio que él, como glorioso Capitán, ha padecido el primero, dejándonos el ejemplo y abriéndonos el camino.

Los piadosos pensamientos del P. Eymard ayudarán á guiarnos en la meditación de los padecimientos eucarísticos.—Puede hacerse uso de ellos para una hora de adoración, ó meditarlos al andar las catorce estaciones del *Vía Crucis*. Con este objeto añadimos el *Pater noster* y *Avemaría* y los versículos que se rezan ordinariamente cuando se anda el *Vía Crucis*.

PRIMERA ESTACIÓN

Donde Jesús es sentenciado á muerte.

γ. Adorámoste, Cristo, y bendecímoste.

ϩ. Que por su santa Cruz redimiste al mundo.

Jesús es sentenciado á muerte por los suyos, por aquellos mismos á quienes había colmado de favores.

Sentencian como sedicioso al que es la bondad misma;—como blasfemo al que es la misma santidad;—como ambicioso á quien se pospuso á todos—sentencianle á muerte de cruz como el último esclavo.

Acepta Jesús amorosamente esta sentencia de muerte, como quien había venido á la tierra para padecer y morir y para enseñarnos ambas lecciones.

A Jesús en la Eucaristía le sentencian también todavía á muerte. Primeramente, en lo que mira á sus gracias, por el menosprecio de las mismas y la ninguna voluntad de recibirlas;—respecto á su amor, por el desconocimiento de tanto bien,—y en su estado sacramental por la incredulidad que le niega,—por el horrendo sacrilegio.—Por la Comunión indigna, vende el mal cristiano á Jesucristo, le vende al demonio,—le entrega á sus pasiones,—le pone á los pies del demonio que reina en su corazón:—le crucifica en su cuerpo de pecado.

Los malos cristianos maltratan á Jesús más que le maltrataron los judíos: en Jerusalén fué sentenciado sólo una vez, y en el Santísimo Sacramento todos los días, en mil sitios, y por un número espantoso de jueces inicuos.

Y sin embargo, Jesús se deja insultar, despreciar

y sentenciar: continúa siempre su vida sacramental á fin de mostrarnos que su amor para con nosotros es sin condición ni reserva, y superior á nuestra ingratitud.

¡Perdón, Jesús mío, perdón mil veces os pido, por todos los sacrilegios! Si me hubiera acaecido comerlos alguna vez, quiero pasar mi vida en repararlos, y en amaros y honraros por los que no os aman y os desprecian: concededme la gracia de morir con Vos!

Padrenuestro, Avemaría, Gloria Patri.

Señor, pequé; tened misericordia de mí.

Fidelium animae per misericordiam Dei requiescant in pace.

Sancta Mater, istud agas,

Crucifixa fige plagas

Cordi meo valide.

SEGUNDA ESTACIÓN

Aquí le pusieron la cruz á cuestras.

Adorámoste, etc.

En Jerusalén, los judíos pusieron á Jesús en sus lastimados hombros una pesada é ignominiosa cruz, que era entonces el instrumento de suplicio para los más abyectos entre los hombres. — Jesús recibe aquella abrumadora cruz con gozo, con anhelo, la abraza amorosamente y la lleva con admirable mansedumbre.

Quiere con esto suavizarla y aligerarla para nosotros; hacerla dulce y amable, y santificarla con su sangre.

En el Santísimo Sacramento del altar los malos cristianos imponen á Jesús una cruz harto más pe-

sada, ignominiosa y harto más dolorosa para su corazón. Esta cruz son las irreverencias en el lugar sagrado: — una tan grande disipación de espíritu, — una tan grande frialdad de corazón en su presencia, — una devoción tan tibia. ¡Qué cruz humillante para Jesús esta de tener hijos tan poco respetuosos, discípulos tan miserables!

En su Sacramento, además, Jesús lleva mis cruces; las pone sobre su corazón, las embalsama con su amor para volvérmelas amables: pero quiere que las lleve por Él, que se las ofrezca; sin que Él desdigne por eso acoger los desahogos de mi dolor, consentir que lllore yo por mis cruces y que le pida auxilio y consuelo.

¡Oh cuán ligera se hace la cruz al contacto de la Eucaristía! ¡Cuán bella y radiante sale del Corazón de Jesús! ¡Cuán bueno es recibirla de sus manos y besarla por haber estado en ellas! — Allí iré, pues, á refugiarme en mis penas, allí á consolarme y fortalecerme, allí para aprender á padecer y amar.

Perdón, Señor, perdón os pido por los que os tratan sin respeto en vuestro Sacramento de amor; perdón por todas mis infidelidades, perdón por mis indiferencias y olvidos en vuestra presencia: quiero amaros; os amo con todo mi corazón.

Padrenuestro, etc.

TERCERA ESTACIÓN

Aquí cae en tierra el Señor la primera vez.

Adorámoste, etc.

Había quedado Jesús tan exhausto de sangre con las agonías en el Huerto y con los golpes de la

flagelación, tan extenuado por las fatigas de la cruel noche que pasó preso por sus enemigos, que, después de haber andado un poco, cae abrumado bajo el peso de la cruz.

¡Qué de veces Jesús en la Eucaristía cae á tierra en las sagradas Formas sin que se eche de ver!

Pero lo que le hace caer de dolor es la vista del primer pecado mortal que manchó mi alma.

¡Ah! ¡Que es aún más dolorosa la caída que sufre Jesús en el corazón de un joven que le recibe indignamente el día de la primera Comunión! — Cae en aquel corazón de hielo que el fuego de su amor no alcanza á derretir; en aquel espíritu orgulloso y disimulado, sin lograr conmoverlo; en aquel cuerpo que no es sino un sepulcro lleno de podredumbre. — ¡Ay! ¡Es posible que así se trate á Jesús la primera vez que con tanto amor viene á nosotros! ¡Oh Dios mío! ¡Taña culpa en tan poca edad! ¡Comenzar tan temprano á ser otro Judas! — ¡He ahí el crimen más sensible para el Corazón de Jesús: una primera Comunión sacrílega!

¡Oh Jesús mío! Gracias os doy por el amor que me habéis mostrado en mi primera Comunión: no la olvidaré jamás; vuestro soy, totalmente vuestro, pues que Vos sois totalmente mío: disponed de mí según vuestro divino beneplácito.

Padrenuestro, etc.

CUARTA ESTACIÓN

Donde encuentra Jesús á su Santísima Madre.

Adorámoste, etc.

María acompaña á Jesús en el camino del Calvario: soporta allí un verdadero martirio del alma;

pero quien ama quiere padecer con el amado y por Él. ¡Ah! El Corazón eucarístico de Jesús encuentra hoy en el camino de sus dolores, en medio de sus enemigos, á sus hijos amados, á las esposas de su Corazón, á los ministros de sus gracias que, lejos de consolarle como María, se unen á sus verdugos para humillarle, blasfemarle y renegar de Él. ¡Cuántos renegados y apóstatas abandonan el servicio y el amor de la Eucaristía desde que este servicio exige un sacrificio ó un acto de fe práctica!

¡Oh Jesús, Salvador mío! Quiero seguiros humillado, insultado, maltratado, con María Santísima, mi dulce Madre, é indemnizaros de tantos ultrajes con mi devoción y mi amor.

Padrenuestro, etc.

QUINTA ESTACIÓN

Le ayuda el Cirineo á llevar la cruz.

Adorámoste, etc.

Jesús iba desfalleciendo cada vez más bajo el grave peso, y movidos los judíos del deseo de hacerle morir en la cruz, para colmar sus humillaciones se dirigieron á Simón de Cirene, á fin de que llevase la cruz con Jesús. Resistiólo Simón y fué necesario obligarle á tomar aquel madero, instrumento de suplicio, que le parecía cosa de mucha ignominia. Sometióse á ello, y mereció que Jesús moviese su corazón y le convirtiese.

En el Santísimo Sacramento llama Jesús á los hombres hacia sí, y casi nadie responde á sus invitaciones: les convida á su banquete eucarístico, y ellos se forjan pretextos para no acercarse á la sagrada

Mesa. El alma infiel é ingrata rehusa la gracia de Jesucristo, el don más excelente de su amor, y Jesús permanece solo, abandonado, llenas las manos de gracias, de dones excelentes desdeñados, pues tienen los hombres miedo á su amor.

En lugar de los respetos y adoraciones que debían ofrecérsele, Jesús no recibe la mayor parte del tiempo mas que irreverencias. Ave-güéñanse de encontrarle en las calles, huyen desde que le divisan, no se atreven á darle testimonios exteriores de su fe.

¿Y es posible, divino Salvador mío, que tal suceda? ¡Ay! Demasiado cierto es, desgraciadamente, y siento que á misma conciencia me acusa. Si: hartas veces, detenido en mis gustos, he desoído escuchar vuestro llamamiento; en muchas ocasiones, por no verme obligado á enmendarme, he rehusado la invitación con que me honrabais en vuestro amor para que me acercase á vuestro divino banquete: pésame de todo corazón: comprendo que más vale dejarlo todo que privarse por falta propia de una Comunión que es la mayor y más amable de tantas gracias como nos concedéis. Olvidad lo pasado, amabilísimo Salvador, y aceptad y custodiad Vos mismo mis resoluciones para en adelante.

Padrenuestro, etc.

SEXTA ESTACIÓN

Donde la Verónica enjuga el rostro del Señor.

Adorámoste, etc.

En tal manera han afeado los verdugos con sangre, lodo y salivas el rostro del Señor, que apenas pueden distinguirse sus facciones. Al que es el es-

plendor de Dios le vemos aquí que casi no puede reconocerse su faz escarnecida.—La piadosa Verónica atraviesa animosa por entre los soldados: bajo el sudor y salivas que oscurecían aquel rostro reconoce á su Salvador y su Dios, y movida de compasión enjuga aquella santa faz. Jesús la recompensa dejando impresas sus facciones en el lienzo con que le había enjugado el rostro.

Divino Jesús, mucho se os ultraja, mucho se os insulta; muchas profanaciones se cometen contra Vos en vuestro adorable Sacramento. Pero ¿dónde están las compasivas Verónicas que vengan á reparar tales abominaciones? ¡Ah! Contrístase el ánimo al ver que se cometen con esa facilidad tantos sacrilegios contra el augusto Sacramento: parece como si Cristo fuera entre nosotros un extraño indiferente y hasta despreciable.

Cierto es que su faz está velada bajo las especies sacramentales, harto exiguas y humildes. Con eso da ocasión á que nuestro amor descubra allí, por la fe, sus divinas facciones.—Creo, Señor, que Vos sois el Cristo, el Hijo de Dios vivo, y adoro bajo los velos eucarísticos vuestro sagrado rostro, lleno de gloria y de majestad: dignaos, Señor, imprimir vuestras facciones en mi corazón, para que yo lleve por do quiera conmigo á Jesús, á Jesús Sacramentado.

Padrenuestro, etc.

SÉPTIMA ESTACIÓN

Donde cae en tierra el Señor la segunda vez.

Adorámoste, etc.

No obstante el auxilio de Simón es tal la fatiga del Señor, que cae en tierra por segunda vez, lo cual